
**EL LUGAR DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL EN EL DEBATE SOBRE LA
OBJETIVIDAD Y LA SUBJETIVIDAD EN LA INVESTIGACIÓN EN
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

***THE PLACE OF SOCIAL PSYCHOLOGY IN THE DEBATE ON
OBJECTIVITY AND SUBJECTIVITY IN RESEARCH IN THE HUMAN
AND SOCIAL SCIENCES***

Juan Carlos Cruz Cervantes¹

Sección: Artículos

Recibido: 02/11/2022

Aceptado: 22/12/2022

Publicado: 31/12/2022

Resumen

El presente texto se plantea por objetivo recuperar la noción de realidad concreta desarrollado por Karel Kosik para reflexionar en torno a los debates sobre la objetividad y la subjetividad de las prácticas científicas en general, y de la investigación en ciencias humanas en particular, para finalmente tratar de vislumbrar el lugar de la psicología social en dicho panorama. Lo objetivo como una noción que le va dando forma a las prácticas científicas de la modernidad y que a lo largo del desarrollo de las ciencias naturales pretende alcanzar un conocimiento de la realidad tal cual es, expulsando al sujeto y a la subjetividad de sus métodos, pero que a raíz de los intensos debates en torno a la investigación científica en ciencias humanas y sociales, reaparecen de formas diversas para complejizar la imagen que se tenía de la producción de conocimientos científicos.

Palabras Clave: objetividad, sujeto, subjetividad, psicología, social.

¹ Licenciado en psicología por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Correo electrónico: cruz.cervantes.juan.carlos@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0002-6069-6033>

Abstract

The objective of this text is to recover the notion of concrete reality developed by Karel Kosik to reflect on the debates about the objectivity and subjectivity of scientific practices in general, and of research in the human sciences in particular, to finally try to understand the place of social psychology in said panorama. The objective as a notion that is giving shape to the scientific practices of modernity and that throughout the development of the natural sciences aims to achieve a knowledge of reality as it is, expelling the subject and the subjectivity of its methods, but as a result of the intense debates around scientific research in the human and social sciences, they reappear in different ways to complexify the image that was had of the production of scientific knowledge.

Key words: objectivity, subject, subjectivity, psychology, social.

Introducción

El presente texto tiene por objetivo recuperar la noción de realidad concreta propuesto por Karel Kosik (1965) para reflexionar en torno a las nociones de objetividad y subjetividad presentes a lo largo de la historia de la ciencia en general y, particularmente, en relación con las ciencias humanas y sociales, para finalizar con una exploración de las posibilidades ofrecidas por la noción de subjetividad en la investigación cualitativa en la psicología social contemporánea, caracterizada por una diversidad de tradiciones y perspectivas teóricas, reflexiones epistemológicas, objetos de estudio, metodologías, métodos y técnicas de investigación, herencia de un amplio y ya antiguo debate sobre la delimitación de las prácticas científicas que no por ello ha perdido en ciertos sectores su intensidad y relevancia.

Las cinco grandes nociones que sirven de ejes de análisis y que se entrecruzan e interrelacionan en el presente texto son: la totalidad concreta, la objetividad, el sujeto, la subjetividad y la psicología social. Se iniciará exponiendo las reflexiones de Karel Kosik sobre la noción de realidad concreta y su importancia para el estudio científico en la ciencia en general.

La historia de la objetividad científica como proceso de desvanecimiento del sujeto y de su subjetividad

Escribe Kosik (1965):

La realidad social no puede ser conocida como totalidad concreta si el hombre, en el ámbito de la totalidad, es considerado únicamente y, sobre todo, como objeto, y en la práctica histórico objetiva de la humanidad no se reconoce su importancia primordial como sujeto. (p. 65)

La invención de la ciencia en la modernidad estuvo desde sus orígenes vinculada con un paulatino proceso de abstracción de la realidad. El concepto científico surge del concepto común pero empobrecido. Nietzsche (2017) había pensado en dichos conceptos como palabras de carácter metafórico cuyo origen había sido olvidado por los científicos pero que se caracterizaban por ser generalizaciones empobrecidas en comparación con la riqueza de las realidades que les habían dado origen. Como en Funes el memorioso (Borges, 1991), la incalculable variedad de atributos del mundo habitado por el personaje borgiano le impide pensar, generalizar, abstraer. La riqueza de la realidad es tal que no puede ser aprendida por las palabras de uso común. En esto, los conceptos científicos van aún más allá pues la generalización se hiperboliza. De las muchas experiencias fenoménicas se llega a las ideas de fuerza, gravedad, presión o resistencia (ahora ya desprovistas de sus connotaciones antropomórficas). Dichos términos han asumido un estatus tal de generalidad que les torna idóneos para

el cumplimiento de ideal científico: subsumir la multiplicidad de fenómenos a leyes universales (Ursua et al., 2004).

Esta invención de conceptos desprovistos de toda referencia al accidente aportó a la ciencia un potencial de aplicación mayor al hasta ese momento conocido. Su eficacia fue tal que la idea misma del saber fue revolucionada. La ciencia sustituye a la erudición (que se caracterizaba por sumergirse en infinidad de detalles sin distinguir lo esencial de lo accesorio). Conviene recordar aquí la descripción del cambio sufrido por los manuales científicos a partir del siglo XVII que expone Bachelard (1993) en su ensayo sobre la formación del espíritu científico. Cada vez más, el énfasis quedaba puesto en las generalidades, lo constante, lo permanente, lo esencial.

Para analizar el proceso de construcción del conocimiento de una realidad cuya riqueza sobrepasa las capacidades humanas es pertinente abordar la noción de totalidad concreta conceptualizada por Kosik quien la opone a lo que denominaba falsa totalidad y que presentaba ciertas analogías con la oposición de objetividad ilusoria y verdadera objetividad explorada por George Devereux (2008) de la que se harán algunos comentarios más adelante.

De la falsa totalidad a la totalidad concreta

A lo largo de su obra Kosik (1965) analiza lo limitante de la noción de totalidad desde la ciencia tradicional, positivista y escribe que:

La idea de totalidad, que comprende la realidad en sus leyes internas y descubre, bajo la superficialidad y causalidad de los fenómenos las conexiones internas necesarias se oponen al empirismo que considera las manifestaciones fenoménicas y casuales, y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo de lo real. (p. 53)

El problema de Hume, la imposibilidad de llegar a conocer principios generales a partir de los casos particulares, el límite imposible de franquear de la inducción permaneció latente, ignorado en la práctica científica y en la reflexión epistémica. Kant intentó resolverlo, pero para ello hubo de apelar a la metafísica. Las reflexiones occidentales en su construcción de la noción de realidad se inclinaban hacia dos extremos vacíos de contenido concreto: lo fenoménico confinado en su particularidad y las leyes universales y atemporales que se inferirían de lo particular. De esta tradición de pensamiento estaba excluido lo concreto histórico, que iría más allá de la espacio-temporalidad de la tradición científica. Lo histórico es distinto a la pobre caricatura que lo reduce a coordenadas en un plano cartesiano y al registro de momentos tomando por referente el movimiento de las manecillas del reloj. Para comprender los procesos de desarrollo de lo real se requiere la mirada histórica, cuyo centro de interés se encuentra en lo que las abstracciones científicas han perdido en su proceso de conformación.

Kosik (1965) opone a esa "falsa totalidad", a esa totalidad abstracta (carente de contenido) la noción de totalidad concreta. Pero tal noción no implica que la ciencia deba conocer la totalidad de lo real (hubo autores que hicieron esa crítica). La totalidad de lo real es inalcanzable para el saber humano. Una concepción de la ciencia como conocimiento de la realidad total es absurda e insostenible incluso para el positivismo. Se recordará que Popper, con su falsacionismo, presenta al quehacer científico como una tarea permanentemente inacabada (Ursua et al., 2004). Es oportuna aquí la analogía del mapa y del territorio propuesta por Alfred Korzybski (1951) y que reaparecerá en distintos momentos del presente texto. El mapa (teoría) describe algo del territorio (realidad) sin agotarlo. Pueden crearse innumerables mapas, algunos quizá de altísima complejidad, pero sin importar lo detallados que éstos sean, o de una incontable superposición de mapas que pretendan describir de forma exhaustiva el territorio estudiado, éstos serán representaciones que describen ciertos aspectos del territorio, pero no su totalidad. El mapa no es el territorio, pero un mapa podrá ser más o menos útil para transitar por el territorio. Se trata de una herramienta para conocer y actuar, pero no debe olvidarse su carácter de representación que por ello implica ámbitos de visibilidad pero también de ceguera. En una postura semejante se instala Kosik (1965):

la totalidad no significa todos los hechos. Totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cuál puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho (clases de hechos, conjunto de hechos). Reunir todos los hechos no significa aún conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aún la totalidad. (p. 55)

Los hechos son también construcciones, aspectos descritos por el mapa (para continuar con la analogía anterior). Lo importante es más bien la conciencia de que cada hecho está relacionado con una totalidad de la que sólo se abstrae en la imaginación, pero el costo de tal acción es tratar con una mera ficción que será más o menos útil dependiendo de los fines buscados y de la semejanza que dicha ficción tenga con el mundo al que remite. La idea de "aislar" el objeto de estudio del resto de la realidad, simplifica y por ello, lo vuelve mera ilusión. La simplicidad existe sólo en la mente humana, la realidad es un complejo entramado que se despliega en el tiempo.

Kosik (1965) propone la noción de totalidad concreta no como conclusión sino como principio de investigación, presupuesto que invita a mirar la realidad en su complejidad:

La dialéctica de la totalidad concreta no es un método que pretenda ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro "total" de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad y de su conocimiento como realidad. (p. 56)

Se trata entonces de abordar el estudio del mundo desde el mundo (desde sus elementos, estructuras y procesos contradictorios), y no desde el modelo artificial creado como escape a la incertidumbre que se produce al estar frente a lo complejo (Morin, 1994). Aceptando que si bien la teoría producida no agota la totalidad de lo real ni da respuesta plena a las interrogantes planteadas (más bien produce otras tantas), al menos permite una mayor comprensión que la ofrecida por la utópica simplicidad de las "leyes universales".

Pero Kosik (1965) no sustituye el ideal de acceso a una verdad universal por la condena a la incertidumbre, pues la realidad no se concibe como caótica, sino como organizada. Sobre esto escribe:

Si la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por lo tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia, no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en su disposición), de tal concepción de la realidad se desprenden ciertas conclusiones metodológicas que se convierten en directriz heurística y principio epistemológico en el estudio, descripción, comprensión, ilustración y valoración de ciertos sectores tematizados de la realidad, tanto si se trata de la física como de la ciencia literaria, de la biología o de la economía política, de problemas teóricos de las matemáticas o de cuestiones prácticas vinculadas con la regulación de la vida humana o de las relaciones sociales. (p. 56)

Estos tres aspectos considerados por Kosik (1965), las estructuras, su movimiento y transformación, el surgimiento de nuevas estructuras, enriquecen de tal forma la mirada que permiten construir nuevas vías de investigación de la realidad tanto en las ciencias naturales como en las humanas. En las primeras podría pensarse las estructuras de la vida (en sus diversos niveles: organismos, especies, ecosistemas...) que no pueden comprenderse cabalmente si no se mira el todo y la parte en su interacción dialéctica. El estudio de los seres vivos se enriquece al considerarlos como estructuras en movimiento que intercalan periodos variables de equilibrio de ciertos sistemas con periodos de transformación radical de éstos o su reemplazo por otros.

Cuando la comunidad paleontológica tuvo contacto con el primer esqueleto fosilizado del espinosaurio, que además estaba casi íntegro, quedó incapacitada para dar respuestas sobre este animal extinto debido a que dichos restos fósiles estaban ubicados en un museo en Egipto, pero no se tenía idea del lugar en el que había sido encontrado. Aun teniendo un fósil en tan buenas condiciones, muy poco se podía inferir pues había sido extraído (abstraído, aislado) de su contexto. Pero una vez que se supo más de esa totalidad en la que estaba inserto, elemento y estructura se iluminaron mutuamente para dar una comprensión profunda sobre este animal a los paleontólogos a cargo de su estudio.

En el ámbito de las ciencias médicas, la comprensión del cuerpo humano, de su salud y enfermedad, requiere, para ser profunda, de la consideración de las

condiciones concretas en las que ese cuerpo existe: pertenece a determinada clase social, religión, grupo étnico, etc. Y estas estructuras antes referidas permiten comprender las posibilidades y limitaciones a que dicho cuerpo está sujeto. No se trata, pues, de cuerpos abstractos, sino concretos, sumergidos en una cotidianidad. No puede entenderse de la misma manera el cuerpo de un monje medieval, de un guerrero azteca, de un jeque árabe o de un obrero coreano.

Para empezar a pensar el caso de la psicología social podría recordarse aquí a Enrique Pichon-Rivière (1971) quien proponía que la formación de médicos implicara durante sus primeros años de aprendizaje una participación activa en el área de trabajo social. Esto les permitiría ir más allá del cuerpo en abstracto, aislado de la totalidad, que era el cadáver con el que se relacionaban al inicio de su carrera. La anatomía de estos primeros años de aprendizaje de la medicina era la del cuerpo sin vida (sin interacción con otros sistemas vivos y su entorno), desprovisto, además, de conciencia y sin vinculación con sus semejantes en un específico contexto socio-histórico. A partir del trabajo social el médico podría aprender que la enfermedad no es un fenómeno aislado de su contexto, sino que se presenta en un conjunto de condiciones complejas en las que impacta y es impactada.

Los órdenes físico, químico, biológico, psicológico, sociológico, ecológico, económico, cultural, constituyen divisiones necesarias para el entendimiento, abstracciones inevitables en la investigación científica, mapas que tienen por finalidad destacar ciertos aspectos de la realidad. Pero a lo largo del desarrollo de la ciencia se ha hecho patente la necesidad del trabajo interdisciplinario. Recuérdese que grandes avances en la tabla periódica fueron posibles por el desarrollo de la física de las partículas subatómicas. Los nuevos desarrollos en ciertas ciencias ofrecen nuevas posibilidades de investigación en otras. Morin (1994) afirmaba que las ciencias estaban hechas de migración de conceptos, es decir, de metáforas. En relación con este punto Kosik (1965) afirma que:

Las tentativas de crear una nueva ciencia unitaria tienen su origen en la comprobación de que la propia realidad, en su estructura, es dialéctica. La existencia de analogías estructurales entre los más diversos campos –que, por otra parte, son absolutamente distintos- se basa en el hecho de que todas las regiones de la realidad objetiva son sistemas, es decir, complejos de elementos que se influyen mutuamente. (p. 58)

El comprender los procesos de influencia recíproca entre los elementos que constituyen la realidad es uno de los aportes que ofrece la investigación que parte del presupuesto de la totalidad concreta. Y tal perspectiva es aún más necesaria cuando tratamos de investigación en ciencias humanas. Pues mientras que los aspectos investigados en las ciencias de la naturaleza mantienen ciertas características constantes sin importar las diferencias de ubicación espacial o temporal (lo que justifica el acercamiento experimental), en la investigación de

los seres humanos tratamos siempre (si la intención es comprender su humanidad concreta) con contextos socio-históricos en los cuáles la tensión dialéctica se hace aún más evidente. Explica Kosik (1965):

Un fenómeno social es un hecho histórico en tanto y por cuanto se le examina como elemento de un determinado conjunto y cumple por tanto un doble cometido que lo convierta efectivamente en un hecho histórico: de un lado, definirse a sí mismo, y, de otro lado, definir al conjunto; ser simultáneamente productor y producto; ser determinante y, a la vez, determinado; ser revelador y, a un tiempo, descifrarse a sí mismo; adquirir su propio auténtico significado y conferir sentido a algo distinto. Esa interdependencia y mediación de la parte y del todo significa al mismo tiempo que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente aislados del conjunto, que únicamente mediante su acoplamiento al conjunto correspondiente adquieren veracidad y concreción. Del mismo modo, el conjunto donde no son diferenciados y determinados sus elementos es un conjunto abstracto y vacío. (p. 61)

Kosik (1965) insiste en que la noción de una totalidad que no implique el análisis de las características y relaciones de sus partes constituyentes es una totalidad carente de contenido. Da la impresión de comunicar algo sin que esto realmente llegue a ocurrir, algo semejante a la expresión utilizada por Bourdieu (1990), la palabra muerta, aquella que permite hablar para no decir nada. Permite exorcizar la contradicción de la teoría pues no se entiende que la contradicción es parte integral de la totalidad, pues ésta es dialéctica. Algunas expresiones como las de Humanidad, Existencia, Nación... construyen una ficción de homogeneidad ahí donde lo que existe concretamente es una heterogeneidad en un proceso permanente de interacción, vinculación, conformación, coalición o conflicto. Tales expresiones totalizadoras impiden ver las múltiples diferencias concretas tales como el sexo, la clase social, la raza, la afiliación política, la religión profesada, entre muchas otras. El estudio en ciencias humanas no sería de la Humanidad (en abstracto) sino de la humanidad concreta, diversa, socio-histórica. Estudiar lo humano es estudiar algo que se transforma, se recrea, se disuelve, pero la acción misma de estudiar lo humano es una actividad histórico-social. Kosik (1965) señala la importancia que tiene el considerar al sujeto del conocimiento.

El sujeto que conoce el mundo y para el cuál éste existe como un cosmos u orden divino o totalidad, es siempre un sujeto social, y la actividad que conoce la realidad natural y humano-social es la actividad de un sujeto social. La separación de sociedad y naturaleza marcha al unísono con la incompreensión de que la realidad humano-social es tan real como la nebulosa, los átomos y las estrellas aunque no sea la misma realidad. De ahí deriva el supuesto de que sólo la realidad natural es la auténtica realidad mientras que el mundo humano es menos real que una piedra, un meteoro o el Sol, y que sólo una realidad (la humana) es comprensible, mientras que la otra realidad (la natural) sólo es explicable. (p. 65)

La tradición científica occidental construyó su propia ilusión de objetividad, eliminación del sujeto, de su subjetividad, para conocer la realidad "tal cual es". Desde esta perspectiva, la realidad sólo sería auténtica cuando el sujeto se ausentara. Pero el sujeto socio-histórico no se fue, permaneció ahí, invisible para las comunidades científicas, pero manteniendo sus efectos sobre los productos del proceso de conocimiento. Efectos que llevaron a la aparición de otras tantas ficciones alejadas de la realidad concreta, inconscientes de su propia acción como constructoras de verdades sustituyéndola por la ilusión de descubrimiento de la verdad que ya estaba ahí. Pero se trata de una realidad a la que se "accede" ignorando la realidad concreta con la que los seres humanos se relacionan diariamente, ignorando la cotidianidad o contentándose con ella. Escribe Kosik (1965):

El análisis de la vida cotidiana constituye la vía de acceso a la comprensión y a la descripción de la realidad sólo en cierta medida, mientras que más allá de sus posibilidades falsea la realidad. En ese sentido no es posible comprender la realidad por la cotidianidad, sino que la cotidianidad se comprende sobre la base de la realidad. (p. 96)

Nuevamente Kosik remite a la dialéctica del todo y la parte. Lo cotidiano se ilumina por la comprensión de la totalidad concreta, y el acceso a ésta sólo es posible a través de lo cotidiano. La misma práctica científica posee una cotidianidad que debe ser comprendida por la realidad concreta en que se encuentra. La ciencia es producto y productora; producto del entrecruzamiento de estructuras económicas, políticas y sociales, producto de las acciones de sujetos pertenecientes a estas estructuras; productora de nuevas teorías y prácticas científicas y, más allá del campo científico, productora de efectos sobre las estructuras sociales, las relaciones de poder, las subjetividades, etc.

A través de la noción de totalidad concreta se hace posible repensar lo cotidiano incuestionable: que la objetividad es el acceso a la realidad tal cual es, y que el requisito indispensable es la eliminación de lo subjetivo, el desvanecimiento del sujeto. Pero la ciencia no es una entidad metafísica más allá de la historia y las condiciones sociales concretas, sino más bien su producto. La ciencia no es una entidad perfecta, acabada, cerrada sobre sí misma, sino una estructura con un origen y desenvolvimiento histórico.

La idea de objetividad es un producto de la historia, productor a la vez de ideas sobre la ciencia y su práctica correcta. Pero tal visión reducida sobre el quehacer científico no agota la realidad concreta de éste. Y de las contradicciones presentes en su cotidianidad se puede descubrir un aspecto de la ciencia oculto para la tradición: la permanencia del sujeto de conocimiento, constructor de teorías, a pesar del proceso de desvanecimiento que sufrió; la presencia de lo subjetivo (socio-histórico) disfrazado de objetividad. Del descubrimiento de estos

complejos procesos puede derivarse una teoría de esa realidad concreta por mucho tiempo recubierta por la realidad idealizada.

La objetividad y la subjetividad en las ciencias naturales y humanas

La noción de subjetividad se constituye en una noción o categoría de análisis metodológico que permite el abordaje de ciertos procesos psicosociales en su complejidad constitutiva. De la misma manera que Kosik (1965) plantea la noción de totalidad como necesaria para asumir una cierta actitud en la aproximación científica a la realidad, la noción de subjetividad implica un reconocimiento de una realidad siempre inaprensible de forma absoluta por las distintas explicaciones construidas sobre ella. Lo anterior permite evitar los reduccionismos que en psicología han abundado cuando distintas corrientes teóricas dentro de esta ciencia asumen posiciones fundadas en definiciones definitivas, cerradas o acabadas del ser humano y de los métodos para su estudio.

Hay, por tanto, vínculos estrechos entre la noción de totalidad pensada por Kosik (1965), la de complejidad de Morin (1994) y la de subjetividad tal como la proponen autores como González-Rey (2010). Se trata de nociones que invitan a un abordaje profundo de la realidad, que considere múltiples dimensiones del objeto y sus relaciones complejas.

Aún es posible encontrarse –aquí y allá– con el debate en torno a la objetividad en la producción de conocimientos científicos y con la necesidad de exorcizar la subjetividad que esto implica. Aún tal discusión motiva a la asunción apasionada y tenaz de ciertas posiciones en alguna posición extrema, pero también en multiplicidad de lugares intermedios que no acaban de convencerse (radicales contra radicales, radicales contra moderados, moderados contra otros moderados). Aún no decae la fuerza de este debate a pesar del largo tiempo que lleva presente entre las comunidades de científicos. Aquí cabría recordar la situación de la «verdad» que señala Bourdieu (1990): ésta es objeto de lucha.

Pero además tal debate entre la objetividad y la subjetividad como antípodas encuentra su fuerza en el hecho de instalarse en un falso dilema. Conviene aquí recordar la crítica que Elías (1994) hace a tales dicotomías que requieren que quienes se posicionan en uno u otro lado del problema deban renunciar a percibir un aspecto de la realidad que otros, con poco esfuerzo, podrían claramente reconocer. En un proceso en el que el que asume una posición rechaza la posibilidad de que desde otras posiciones algo pueda ser visto.

Lo anterior implica una renuencia o una renuncia al diálogo como posibilidad para construir el conocimiento del mundo. Gadamer (2003) hacía referencia a la disposición para cambiar de opinión como cualidad que distingue al sujeto racional. Es decir, que lejos de la caricaturización de la noción de racionalidad que llega a circular entre las sociedades occidentales y occidentalizadas en general, pero también entre las llamadas comunidades científicas, la razón no es una vía claramente discernible que lleva de forma indudable al conocimiento de lo real.

Recuérdese que la raíz etimológica del término «razón» alude al cálculo, proporción o medición. Algunas reflexiones se pueden traer a colación aquí a partir de la etimología de la palabra. Iniciando por el hecho de que la acción de medir implica un parámetro o unidad que no existe en la realidad sino a partir del momento de su construcción por el sujeto que la ejecuta. Metros, kilogramos, voltios, newtons, no existen sino a partir de su invención como unidades de medición. La acción de medir exige que se recurra a un determinado sistema métrico, pero o bien es posible que dos personas utilicen unidades de medida distintas que puedan resultar convenientes a los fines perseguidos por cada una de ellas o, que un mismo sistema pueda ser ajustado para permitir un acercamiento lo más congruente con la realidad posible. En ambos casos el sistema utilizado no es ni el único posible, ni absolutamente perfecto. Hay muchas medidas posibles. Hay muchas razones posibles.

Cabe, sin embargo, aclarar que la idea de las muchas medidas posibles no implica que todas ellas sean igualmente convenientes. No se mide masa con kilómetros ni voltaje con segundos. De esta analogía podemos derivar nuevas reflexiones asociadas a la reflexividad metodológica. El dato recolectado no está «allí», en la realidad, sino que surge de la interacción entre quien investiga y ese aspecto de la realidad que le interesa conocer y para el que recurre precisamente a cierta unidad de codificación o mathesis (Foucault, 1982). Las aproximaciones cuantitativas codifican cantidades, las cualitativas codifican cualidades (Canales-Cerón, 2006). La cualidad no se mide como cantidad ni la cantidad se describe como cualidad. El debate sobre la mayor o menor científicidad de las investigaciones cualitativas o cuantitativas también se instala en un falso dilema, en una incompreensión del proceso de razonar (pensar) el mundo. Otra vez es posible apreciar la confusión entre mapas (cuantitativos, cualitativos) y territorios (la realidad concreta), y de tal confusión surgen apasionados debates en este tema.

El debate subjetividad-objetividad en la investigación científica en ciencias humanas

La investigación cualitativa entonces, como proceso de inserción en los campos estudiados, inserción que implica el progresivo reconocimiento de aquellos a quienes el investigador se dirige para encontrar respuestas a sus preguntas de investigación, inserción que es, en mayor o menor grado, participación, y este tomar parte es no sólo estar ahí, sino afectar y ser afectado, y que exige, entonces, otras reflexiones además de las de orden epistemológico, metodológico o técnico, sino también la consideración del ethos y del pathos de la investigación.

Del primer punto, el ethos, es cierto que los manuales de metodología agregan, a veces con mayor extensión, otras con lo mínimo requerido, apartados en su interior que advierten de las consideraciones éticas. Sin embargo, se concuerda aquí con las reflexiones de Kvale (2012) quien argumenta sobre las

muchas ocasiones en que tales textos no van más allá de la exposición del consentimiento informado, en lugar de plantear la importancia del compromiso serio de quien investiga para pensar a lo largo del proceso de investigación las decisiones que se toman, sus implicaciones y la necesidad de enmarcar el proceso dentro del contexto más amplio de bienestar de quienes participan.

En cuanto al segundo punto, el pathos, son contados los textos metodológicos que profundizan en las experiencias de quienes investigan, lo que "les pasa" (Larrosa, 2003) más allá de los aspectos cognitivos, y que incluyen incertidumbre, intuiciones, malestares, vínculos afectivos, incomodidades, gratificaciones, confrontaciones, entre muchas otras.

Por ello, será fundamental reflexionar en torno al lugar que cumple la producción científica en general, pero más específicamente la investigación en ciencias humanas, en el contexto de la mejora de bienestar humano. Las condiciones de su producción que, al mismo tiempo que le dotan de cierta autonomía para la producción de saberes congruentes con la realidad, deben ser, además, ubicadas en el contexto social más amplio que es el que puede dar sentido sobre los usos del conocimiento ahí producido. Pero sin dejar de insistir en que ese saber debe ser congruente con la realidad que intenta estudiar.

Las condiciones para la producción científica exigen una mayor reflexividad, una vigilancia sobre los procesos de construcción del saber para minimizar los efectos de los sesgos cognitivos que pueden darse tanto a nivel individual (biografía) como a nivel social (historia cultural). Para ello será necesario mostrar la imagen deformada y simplificada que ha sufrido la práctica científica y descubrir en qué medida esa desfiguración imposibilita un acercamiento crítico a ella.

Además, deberá pensarse en dos aspectos centrales de la investigación científica que deben ser claramente diferenciados: el momento de la producción de saberes (que exige hacer conscientes los sesgos para generar aproximaciones más precisas, un compromiso de rigor y congruencia con la realidad, que no implica que lo económico, político y cultural no estén presentes en él) y un momento de uso del saber científico que precisa explicitar los valores en los que se inscribe la práctica científica. El primer momento corresponde al cómo suceden ciertas cosas, un nivel descriptivo del funcionamiento del mundo, mientras que el segundo corresponde a la dimensión axiológica que ofrece alternativas para intervenir sobre la realidad con la finalidad de hacerla deseable en función de los sistemas de valores compartidos socialmente.

Ciencia idealizada, ciencia como verdad definitiva, ciencia irreal

Para pensar el lugar de la investigación cualitativa en el panorama actual de la investigación en ciencias humanas será necesario pensar en las diversas nociones de ciencias que aún en la actualidad disputan el protagonismo. Quizá tal situación es más común cuando se trata específicamente de la psicología dado que en ella

convergen paradigmas tan distantes (que dan a veces la apariencia de irreconciliables) como la psicología experimental (cerca a las neurociencias), la psicología humanista (en corrientes diversas como la gestáltica, logoterapéutica o rogeriana), la psicología psicodinámica (con variantes como la kleiniana o lacaniana), la psicología sistémica, la psicología social, por enlistar sólo las más abordadas en los programas de estudio. En estas distintas corrientes psicológicas se vislumbran distintas concepciones de la ciencia por un lado y del ser humano como objeto de estudio por el otro. Se parte en cada caso de una epistemología y de una antropología psicológica particular.

Para iniciar con la discusión sobre la idea de ciencia se recuerda a Elias (1994) quién critica la forma en que se aborda tradicionalmente el tema del lugar de la ciencia en la sociedad, el cual surge de un planteamiento incongruente con la realidad de su producción. En ciertos contextos, para ciertos sectores, la ciencia suele presentarse como la única forma legítima de conocimiento válido. Desde la perspectiva elisiana, esta forma de concebir a la ciencia impide ver lo mucho que ésta le debe a los conocimientos previos acumulados que fueron precisamente los que posibilitaron su surgimiento. La ciencia no surgió como una novedad absoluta sino como producto de un proceso histórico. Estas ideas coincidirían con las reflexiones de Braunstein (1982) sobre el lugar de la tradición en el proceso de construcción del conocimiento científico en donde insiste en que, por ejemplo, la astronomía copernicana fue posible por los desarrollos previos en matemáticas, geometría y astronomía medieval desde los que Copérnico desarrolló su propio modelo.

También Bachelard (1993) concibe la producción científica como ruptura con la tradición, sin dejar de ser en ciertos aspectos su continuación. Nunca se inicia joven la práctica científica, sino con la edad de los prejuicios. Esta consideración de la ciencia y sus sujetos como históricos ha recibido resistencia constante desde ciertos sectores de las comunidades científicas que intentan convencer de que la ciencia es un saber objetivo entendiendo esto como "purificado" de la subjetividad.

Pero la objetividad (en ese sentido) es imposible, pues la ciencia es producida por sujetos poseedores de subjetividad, núcleo integrador y creativo de gran complejidad (González-Rey, 2006), que consiste en más que sólo procesos cognitivos, lo cual no implica que no se pueda conocer el mundo que se habita, o que la realidad acepte cualquier interpretación (como se verá más adelante).

Se tienen ejemplos en la historia de la ciencia que ilustran el papel de la subjetividad en la producción de conocimientos científicos. Es decir, que en el hacer ciencia participan múltiples dimensiones del ser humano más allá de los procesos cognitivos o meta-cognitivos. Por ejemplo, Holton (1998) realiza una revisión del desarrollo histórico de la ciencia y destaca la importancia de la creatividad y la imaginación en la práctica científica que rompe con la imagen estereotipada del científico de laboratorio, que acata acríticamente

procedimientos mecánicos para obtener datos que serán evaluados desde una racionalidad libre de subjetividad.

Son famosos los experimentos imaginarios de Einstein que eran punto de partida de sus ideas para después trabajar en el desarrollo de las ecuaciones (Holton, 1998). El demonio de Maxwell sirvió a su creador para pensar la segunda ley de la termodinámica (Viau & Moro, 2010), mientras que una imagen onírica permitió a Kekulé resolver el problema de la estructura de la fórmula del benceno (Brenot, 2000).

La palabra objetividad es entonces engañosa, pues se instala en una contradicción, la de esperar que el sujeto que conoce deje de ser sujeto para un acercamiento exacto, completo y definitivo a la realidad estudiada. Hasta aquí se trataría sólo de una parte del error. Habría, además, que considerar que ese sujeto no existe de forma aislada, sino que pertenece a un contexto socio histórico específico.

Mención especial deben tener las ciencias humanas y sociales que, según Jesús Ibáñez (1991), en su afán de legitimarse como ciencias imitaron una metodología (y una epistemología) científica de las ciencias exactas (específicamente de la física) que ya estaba siendo sustituida por paradigmas más complejos (que consideraban al sujeto observador) como la relatividad y la física cuántica. El modelo de la "psicología científica", psicología positivista encarnada sobre todo por el conductismo, era un modelo caduco al momento de su adquisición.

También George Devereux (2008) insiste en que tal objetividad es una ilusión (y más aún en las ciencias humanas), pues el observador tiene un efecto sobre aquellos a quienes investiga. En una aplicación de encuestas o una entrevista, las características específicas del sujeto investigador movilizan una serie de asociaciones en el sujeto investigado. No es posible conocer al sujeto en sí, sino en la interacción con quien le estudia. Para este autor habría que superar esa falsa objetividad para alcanzar una objetividad verdadera que entendía el proceso de construcción científica como una relación entre sujeto y objeto y para ello recuperó los avances en investigaciones científicas tanto naturales como humanas, rescatando las nociones de transferencia y contratransferencia psicoanalíticas pero orientándolas hacia una reflexión epistemológica.

Además, tales encuentros de investigación, son algo distinto a una recolección y registro de datos. Como lo expone González-Rey (2006), la pregunta realizada a un sujeto durante una entrevista no es una técnica que necesariamente extrae "algo", "un sentido" que existía en el sujeto estudiado antes de su participación en la investigación, sino que esa pregunta puede ser generadora de nuevos sentidos, por ejemplo, al plantear un tema que la persona no había tenido oportunidad de pensar previamente. De ahí que más que hablar de recolección y registro de datos, se trataría de procesos de producción de sentido.

De ello se desprende que criterios de calidad como el de confiabilidad pierden parte de su pertinencia si se considera no solo que los seres humanos devienen otros con el transitar de su vida, sino que por el acto mismo de entrevistar a alguien o de hacerlo partícipe en un grupo de discusión se constituye un espacio que le permite repensar sus significaciones del mundo y que en los días subsiguientes a tales encuentros podrían verse transformados de tal forma que ante un nuevo encuentro, la persona habría modificado significativamente su punto de vista.

Esto no implica que la investigación no haya permitido la construcción de un conocimiento en torno al tema estudiado, pero sí que en las ciencias humanas, tratándose de un objeto de estudio que se distingue por la posesión de autoconciencia, memoria e intencionalidad, un objeto de estudio que permanentemente (en diversos grados, a distintos ritmos) se transforma, requiere de quien investiga una vigilancia constante que le evite caer en las seducciones del reduccionismo, esas conclusiones categóricas que sustituyen la complejidad de las experiencias humanas por meras caricaturas, acción que permite contener la ansiedad al precio de la renuncia a un saber profundo de la realidad estudiada.

Por lo anterior, este texto se adhiere a la propuesta de Elias (1994) de sustituir el término "objetividad" cuyas connotaciones positivistas son difíciles de ignorar, y optar por la expresión «conocimientos congruentes con la realidad». Se abandona la objetividad sin renunciar a la posibilidad de la ciencia, a la construcción de un saber riguroso. Se re-significa la noción de ciencia, de sus fines y métodos.

Porque además del reduccionismo del objeto de estudio, la misma práctica científica sufre un proceso análogo de caricaturización: la ciencia representada por la imagen de una persona en un laboratorio que realiza experimentos sin que sus emociones, deseos o prejuicios estén implicados, y que a través de esta práctica dirigida por una racionalidad inmaculada descubre las leyes ocultas del mundo natural. Si bien la mayoría de las experiencias concretas de los miembros de las comunidades científicas no se corresponden con la imagen antes referida, lo que se expone u omite en los documentos producidos por las y los científicos no deja de estar influida por ella.

La ciencia así retratada, simplificada, abstraída de un contexto complejo, lleva al olvido del hecho de que los conocimientos científicos son construidos, que los llamados problemas de investigación no son "cosas" ya existentes sino el resultado de procesos de problematización (Rodríguez-Zoya & Rodríguez-Zoya, 2019). Escribía Sartori (2012) que habría que tener cuidado con la idea de que una imagen vale más que mil palabras, pues una instantánea petrifica un momento de un proceso, conserva una representación inmóvil de una sucesión de acontecimientos por lo que excluye más de lo que capta. Una concepción de ciencia derivada de semejante caricatura olvida su propia historicidad, y no aquella a veces imperceptible transcurrida a lo largo de siglos sino la de unos pocos años atrás. Se olvidan elementos del día a día, prácticas investigativas

cotidianas que no se parecen en nada a la imagen idealizada y distorsionada con que se construyen los informes científicos.

Cuando se exige de los científicos esta supuesta objetividad -simplificación tal de la realidad que no se corresponde con las prácticas científicas efectivamente acaecidas- se termina deformando tanto en la comunicación del trabajo realizado como en la misma autopercepción de éste, tal como lo expone Bourdieu (2001) en su abordaje de la reflexividad en la práctica científica. Este autor hace referencia a un texto de Gilbert y Murray en el que se presentan algunos ejemplos paródicos sobre el discurso científico pensados por los miembros de la comunidad científica. Una serie de reglas (implícitas) sobre lo que se debe y no de debe decir al publicar los resultados de una investigación tal como a continuación se presenta:

Lo que se escribe...	Lo que se piensa
Sabemos desde hace tiempo...	No me he tomado la molestia de buscar la referencia.
Aunque todavía no sea posible ofrecer unas respuestas definitivas a esas preguntas...	El experimento no ha funcionado, pero he pensado que, por lo menos, podría aprovecharlo para una publicación.
Han sido elegidas tres de las muestras para un estudio detallado...	Los resultados de las otras carecían de todo sentido y han sido ignorados.
Dañado accidentalmente durante el montaje...	Se cayó al suelo.
De gran importancia teórica y práctica...	Interesante para mí.
Sugerimos que... Sabemos que...	Creo.
Parece...	
Se cree generalmente que	También lo piensan otros. (p. 37)

Esas diferencias entre las prácticas científicas y la manera de describirlas muestran que esa objetividad no es tal, o que debe ser redefinida o, siguiendo a Elías, que es posible buscar otras expresiones para distanciarse de las connotaciones negativas de la palabra a causa del objetivismo, pero el caso es que muchas de esas ideas estereotipadas de la producción científica no se

corresponden con las prácticas reales, no son congruentes con lo efectivamente ocurrido en los procesos de investigación a los que pretenden hacer referencia.

Ciencia real

Por lo anterior resulta necesario desmitificar a la ciencia. Uno de los primeros pasos consistirá en romper con la tendencia a creer que el conocimiento científico es un sinónimo de validez y precisión de verdad que ningún otro conocimiento posee. Con ello se tiende a menospreciar el conocimiento pre-científico y otras formas de producir saber en el mundo contemporáneo que no pertenecen al campo científico, pero que han alcanzado (por otras vías) saberes congruentes con la realidad circundante, pues de esa congruencia depende la supervivencia de las personas o, al menos, su relación eficaz con su mundo (Elias, 1994).

Además, la imagen del científico aislado que descubre con su sólo esfuerzo las leyes del cosmos, tampoco da cuenta de las verdaderas prácticas científicas que se desarrollan en comunidad. La ciencia es una práctica humana que sólo puede efectuarse si se consideran las características del sistema social en el que surge.

A lo anterior se suma una idealización del ser humano como ser pensante que se relaciona con el mundo a partir solamente de criterios de orden racional. Dicha racionalidad se encuentra entrelazada al dualismo (alma-cuerpo, mente-materia) que imagina una capacidad de razón independiente de las condiciones concretas (biológicas o socio históricas) en las que el sujeto habita y que sostienen sus experiencias. Tanto Elias (1994) desde la sociología como Kandel (2019) desde la biología consideran necesario superar esta ficción para generar un acercamiento integral al ser humano.

Se tiene entonces que las causas que obstaculizan la construcción de saberes congruentes con la realidad en el campo científico procederían tanto de limitaciones del orden individual como del social, haciendo la aclaración de que tal división se da con fines expositivos, pero considerando que lo individual y lo social establecen lazos complejos y no es posible hablar de lo absolutamente individual ni de lo absolutamente social.

Al referirnos a limitaciones individuales debemos considerar las de orden biológico. Los procesos cognitivos no son independientes de la materia que los posibilita, es decir, la organización del cerebro. Los procesos que en él se dan se caracterizan por cierto automatismo, por tanto, ajenos a la voluntad consciente (Kandel, 2007). Hay un límite del conocimiento fundado en las capacidades perceptivas y los procesos de tratamiento de información por esos medios. Los estudios cognitivos muestran ciertas constantes que suceden a los seres humanos en general y de las que no están libres los sujetos que producen ciencia.

En este punto es posible destacar los aportes sobre sesgos cognitivos que forman parte de los procesos de construcción de conocimientos y de los cuáles los científicos no estarían exentos. Uno de ellos sería el sesgo de confirmación,

en el cual, de manera inconsciente, se prestaría atención a aquella información que confirma las propias ideas, ignorando, además, aquella que las contradice, coincidiendo en esto con las reflexiones realizadas por Morin (1994) en torno a la complejidad.

En esta misma línea podemos ubicar los aportes de Kahneman (2003) sobre los juicios intuitivos, o las reflexiones sobre la transducción peirciana de Sebeok y Umiker-Sebeok (1987). En ambos se considera que el proceso de pensamiento va más allá del cumplimiento de reglas lógicas para recurrir a capacidades humanas como la imaginación y la intuición.

Además, existe un límite dado por los saberes previos de manera que habrá una tendencia a reducir las problemáticas a resolver simplificándolas para hacerlas más accesibles, pero tal proceso se da de forma automática, esto es, inconsciente. En su abordaje ya consideran factores como la motivación y el papel que juega el contexto para la interpretación de las problemáticas.

Y lo anterior se debe a que el saber implica una relación con el mundo en que se vive. Sólo en las abstracciones del pensamiento la construcción de conocimientos está separada de su relación con el entorno. Si fuese necesario comprender de manera completa el mundo antes de actuar en él, la humanidad estaría inhabilitada para la acción.

Las asunciones serían otro fenómeno de la cognición inevitable y limitante de los alcances en la construcción de nuevos saberes. No es posible que un sujeto que se integra a un determinado campo científico pueda poner en duda todas las premisas en las que se funda determinada disciplina. Al contrario, asimilará las creencias básicas y las formas de aproximación más comunes de acuerdo con el paradigma hegemónico.

Sea que tales sesgos se justifiquen por una economía del menor esfuerzo y que tengan sus raíces en el funcionamiento automático del cerebro o que estén asociadas a las historias de vida, a las habilidades desarrolladas o a los recursos conceptuales con los que se cuenta, lo cierto es que se puede mejorar el pensamiento si se mantiene una actitud vigilante que permita evitar hasta cierto grado su interferencia en las conclusiones a partir de una actitud reflexiva.

Es cierto que son procesos automáticos para interpretar la realidad, pero una cualidad del campo científico es que de forma explícita solicita a sus integrantes la revisión de sus conclusiones, así como las de los demás. Dado que un informe científico será revisado de forma minuciosa por otros miembros de la comunidad requiere un mayor esfuerzo en la evaluación previa a su presentación pública. Esta forma de construcción de saber difiere de la caracterizada por la urgencia de dar solución a los problemas de la cotidianidad.

Pero además de las ya mencionadas interferencias de orden individual, habría que considerar aquellas de orden social, que no corresponden con las reglas que de forma explícita enuncian los científicos para dar una justificación de su trabajo, pero que, a partir de un análisis más riguroso, influyen en la dirección de las investigaciones, su fortalecimiento o desaparición.

Bourdieu (2001) ofrece uno de los cuerpos conceptuales más completos para analizar lo que ocurre en la práctica científica a partir de la construcción y aplicación de nociones como campo, capital económico, cultural, social o científico. Por ejemplo, se tiene suficiente información para suponer con un alto grado de confianza que la posición que ocupa una persona dentro del campo científico, el capital que posee (en términos de Elias se trataría de prestigio) determina los procesos que se dan en dicho campo. Existen algunos sujetos a los que se escucha más, de los que se espera indiquen los cursos que deben seguir las investigaciones, que inauguran nuevas vías de investigación, que ponen en circulación los temas de relevancia para la comunidad científica y esto sucede así por ser quienes son, herederos de un monto de capital científico en un campo social determinado.

Acercamientos desde otros enfoques teóricos coinciden con esta observación. La ciencia no es ajena a luchas de poder, a intereses políticos, a sistemas de creencias ajenos al campo científico. Moya-Cantero (2000), por ejemplo, refiriéndose a la investigación en física que buscaba evidencia empírica que confirmara cierta teoría sobre la evolución del universo escribía:

sabemos que el logro original y personal ha sido sustituido por el trabajo disciplinado en equipo; los grupos científicos se han hecho impersonales, pero depositarios de múltiples intereses; entre otros, el deseo institucional de sobrevivir "a cualquier precio". La necesidad de ver financiados y publicados determinados programas de investigación ha configurado toda una liturgia en la que los expertos que tienen "visibilidad" académica y política resultan piezas claves. El clientelismo y, en el mejor de los casos, la sintonía con el paradigma establecido, se han convertido, sobre todo en nuestro siglo, en un auténtico *modus vivendi* del científico. (p. 181)

De ahí que para aquellas personas dedicadas a la práctica científica pueda llegar a ser tan importante mantener la imagen del científico objetivo independientemente de que puedan tener algún grado de conciencia sobre la incongruencia de tal imagen con su práctica científica real.

Hessen (1985) realiza un clarificador análisis sobre las raíces económicas en la mecánica de Newton. En las primeras páginas insiste en la importancia de cuestionar la idea romantizada del científico como un ser humano cuyo único interés es la adquisición de conocimientos sobre el funcionamiento del mundo. De forma minuciosa presenta las condiciones económicas y sociales que conformaban a la sociedad en la que Newton se desenvolvía. Cada tema abstracto en el que el afamado científico se interesó, estaba directamente relacionado con ciertos problemas enfrentados durante el periodo conocido como capitalismo mercantilista. Dado que las vías más eficaces para transportar grandes cantidades de mercancías no eran las terrestres (demasiado accidentadas, lo que implicaba un mayor esfuerzo y una menor eficacia), sino los ríos navegables que conectaban puntos distantes de Europa, se volvió fundamental el conocimiento sobre la subida y bajada de las mareas (que ya desde la antigüedad se sabía estaban

asociadas a las fases de la luna). O bien, el interés dedicado al estudio de la mecánica de los fluidos que se vinculaba con dos problemas urgentes asociados a la extracción minera en las colonias americanas: la consistente en la ventilación adecuada de las minas cuando se llegaba a cierta profundidad, y el bombeo de agua proveniente de ríos subterráneos que obstaculizaban el avance de la extracción por lo que se requería que dicha agua fuera drenada de la zona trabajada.

Lo anterior no implica que por estas influencias del contexto social el conocimiento generado no fuera congruente con la realidad, pues buscar de forma premeditada la solución de un problema específico permite una concentración en ciertos detalles que sin tal necesidad quizá habrían pasado desapercibidos. Es decir, nuevas acciones, nuevas formas de habitar el mundo posibilitan nuevas conceptualizaciones de él.

Harari (2014) hacía referencia al hecho de que durante mucho tiempo una observación cotidiana realizada por incontable número de personas, por ejemplo el de una tapa de cacerola en movimiento al momento de hervir el agua en su interior, no era digna de la atención de los científicos hasta que dicho fenómeno se convirtió en el principio de funcionamiento de la máquina de vapor. El reconocimiento de este hecho inició la construcción de un aparato conceptual y principios explicativos para una aproximación más precisa, por ejemplo, el surgimiento del tema científico de los procesos de transformación de la energía.

Lo que se pretende decir, entonces, es que no por ser inevitable la presencia de las dimensiones política, económica, cultural o social, esto deslegitima los saberes producidos en el campo científico, no se asume aquí la insostenible afirmación de que todo saber es contingente a la historia. Pues la motivación a la investigación del mundo tiene su origen en condiciones que hacen urgente la exploración de ciertos aspectos de la realidad para resolver problemas concretos.

Otro ejemplo que podría ilustrar esta idea lo ofrece el ensayo realizado por Porter (2014) quien explora el proceso por el cual una nueva forma de investigación científica en salud se forjaba no en su espacio tradicional (la práctica clínica), sino financiada por las compañías que ofrecían seguros de vida con la finalidad de facilitar la elegibilidad de sus clientes, y que para ello aplicaron por primera vez criterios estadísticos para correlacionar ciertos estilos de vida con índices de morbilidad o mortandad prematura. Tales incursiones de las compañías de seguros en el ámbito de la salud no tenían por intención su cuidado, como lo que podría decir para su justificación la investigación médica, sino la optimización de las utilidades de la empresa. Pero el conocimiento producido para tales fines, al ser congruente con la realidad (y no podía ser de otra forma pues un conocimiento incongruente no habría servido para el cumplimiento de los objetivos), hizo una contribución importante para el avance de las ciencias de la salud en general.

Por tanto, no existe ciencia que no esté atravesada por valores lo que no implica que ésta deba intentar demostrar o construir una imagen de la realidad

acorde a los propios deseos o sistemas de creencias. De lo que se trata es de que, independientemente de tales influencias, el campo científico tenga cierto grado de autonomía que le permita mejores acercamientos a la realidad.

Es necesaria una actitud de alerta ante posibles sesgos, autoengaños, distorsiones, prejuicios o resistencias comunes al pensamiento humano. Potencializar la producción de saberes congruentes con la realidad que se habita exige reflexividad sobre ese mismo proceso del conocer.

Uso de los saberes (lo ético / lo político)

El sentido de las acciones solo puede ser comprendido en contexto. El conocimiento sobre el funcionamiento de las cosas es insuficiente si queda descontextualizado. Un niño bien podría saber (con gran precisión) como quitarle el seguro a una granada y con ello activarla y eso no significa que ese saber del niño implique que deba quitar dicho seguro. Cuando la especialización lleva a ver solo una parte minúscula del todo, es cuando muchas consecuencias que podrían haber sido previstas quedan fuera del alcance de quien conoce y hace uso de ese conocimiento. Como en el caso del mito de robo del fuego narrado en el Protágoras de Platón, la "vista corta" de Epimeteo tiene consecuencias lamentables, pero la mirada amplia de Prometeo puede compensarlo.

En el mito antes referido, el ser humano queda sin atributos para poder sobrevivir. Ni garras, ni colmillos, ni alas, ni aletas, ni caparazón, ni púas o camuflaje, ni veneno ni repugnante olor para ahuyentar a los depredadores. No es veloz, ni fuerte, ni capaz de volar. En esa condición Prometeo ve imposible su supervivencia por lo que ejecuta el robo de dos dones divinos: el fuego de Hefestos (correspondiente a la capacidad técnica), y el fuego de Atenea (la inteligencia estratégica).

Con la especialización se corre el riesgo de terminar en un acto compulsivo sin significado (pues lo significativo se constituye en contexto) y se vuelve una acción sin utilidad alguna, incluso destructiva, como un cáncer. El crecimiento desmedido no considera la totalidad del sistema, ha roto con el contexto. El crecimiento no significa necesariamente desarrollo, sino que puede ser expresión de desequilibrio y tener por consecuencia la destrucción del sistema.

Con la súper especialización un individuo puede saber mucho sobre la estructura del dedo gordo del pie sin saber mucho sobre el ser humano en general. De ahí que sólo saber sobre cierto tipo de procesos cognitivos es insuficiente cuando se trata de comprender fenómenos más amplios como la toma de decisiones. Si se piensa en las acciones humanas sólo desde los criterios de la razón instrumental es muy posible que las predicciones sean poco precisas. Si algo se puso en duda a partir de pensadores como Marx, Nietzsche y Freud, fue justamente que las acciones humanas fueran comprensibles recurriendo únicamente a tales criterios, lo que no significa que consideraran imposible la comprensión si se recurría a perspectivas más amplias.

Por tanto, más que hablar de una Racionalidad, se debe considerar la existencia de múltiples racionalidades. No todas se corresponden con la utilitarista occidental promovida por el capitalismo. Existen otras razones (otras medidas) que, si bien aparecen como irracionales desde el punto de vista hegemónico, responden a otros sistemas de valores, a otros deseos.

Un ejemplo cultural que ilustra esas otras racionalidades son las descripciones de los múltiples usos de las vacas en las zonas rurales de la India que son de tal importancia para la subsistencia de los sectores más pobres, que la prohibición de matarlas, siendo desde la perspectiva de los ganaderos occidentales desperdicio e improductividad, resulta altamente beneficioso para aquellos que deciden mantener a sus vacas con vida (Harris, 2011). Otro ejemplo desde los complejos procesos subjetivos lo ofrecerían los estudios psicoanalíticos que muestran desde sus orígenes como los síntomas psicopatológicos a pesar de su aparente irracionalidad cumplen un objetivo razonable de la forma más económica posible. Los casos anteriores tratan sobre formas de resolver problemas prácticos recurriendo a un conjunto de saberes que rebasan el campo de la ciencia o de las lógicas utilitaristas.

Lo que tendría que considerarse es que las racionalidades son múltiples, pues dependen del contexto, y que, por tanto, no existe un único criterio para decidir sobre las acciones. Es importante hacer notar la importancia de la retroalimentación mutua entre el conocer y el actuar. Los juicios intuitivos o las heurísticas son automáticos en la medida en que la existencia de los seres humanos les coloca en situaciones que exigen acciones de su parte para las que no se tiene mucho tiempo de reflexión previa, pero, al mismo tiempo, el pensar y repensar, el evaluar los propios juicios puede hacer las acciones humanas más efectivas.

Aquí vale la pena aclarar que al hablar de racionalidades múltiples no se hace referencia a la idea sostenida por cierto posmodernismo extremo que hablara de muchas realidades, sino de maneras múltiples de acercarnos a esa totalidad concreta a la que se refiere Kosik (1965).

Como se mencionaba en líneas anteriores, entre conocer y actuar se establece una relación dialéctica. No se trata de dos momentos siempre separados, sino de un constante ir y venir entre saberes y prácticas. A veces el actuar se vuelve el analizador de la realidad, visibiliza lo que antes no era perceptible. En otras ocasiones es el conocer previo el que define la elegibilidad de los caminos posibles de acción.

El saber puede servir al hacer, pero también hay ocasiones en que el hacer sin saber abre nuevos campos de inteligibilidad. Es en esta dinámica entre saber y hacer que se vuelve fundamental la reflexión sobre el uso ético de los saberes. Saber cómo funciona algo no dice nada sobre el uso más conveniente de dicho conocimiento. En el ámbito de la producción científica hay dos compromisos:

1. Al interior: será el compromiso con el rigor en el estudio científico para generar conocimientos lo más aproximados a la realidad como sea posible teniendo en consideración los avances en ciencias que permitan superar algunos sesgos inevitables en todo proceso de construcción de conocimiento.

2. Al exterior: la ciencia debe reconocer las múltiples dimensiones (económica, política, social y cultural) en que se encuentra inscrita para pensar en las mejores formas de aplicar los saberes generados tratando de beneficiar a los diversos sectores sociales en el marco de las democracias modernas y el respeto a los derechos humanos universales.

Las teorías como mapas para la aproximación al territorio

De la confusión entre mapa y territorio antes referida es posible repensar la relación que se establece con los conceptos. En muchas ocasiones las tensiones y contradicciones no se encuentran en la realidad sino en las representaciones que se construyen para su comprensión. Lo contradicho es lo que se dice contra algo. Lo dicho implica un sujeto que enuncia. Las contradicciones derivan de la capacidad enunciativa. Son las representaciones del mundo las que entran en choque irreconciliable.

Umberto Eco (1999) reflexiona en torno al problema de las clasificaciones y las reclasificaciones. Pensando el caso del ornitorrinco recuerda que al recibirse en Europa las primeras descripciones de este animal los naturalistas no sabían que pensar. Cuando les fue enviado el primer ejemplar de ornitorrinco disecado sospecharon de un fraude como otros tantos ocurridos en el pasado. Porque ¿qué pensar de este animal que exhibía características de mamífero y de ave?, con pico pero también con dientes, pelo en vez de plumas, que nacía de huevo pero que alimentaba a sus crías con leche.

Pero lo cierto es que no podría decirse que el ornitorrinco fuera un animal contradictorio. Era lo que era y las contradicciones se daban más bien en el nivel del lenguaje. Eran las nociones de «vivíparo» y «ovíparo» las que resultaban contradictorias. El error común ante tales situaciones es concluir (erróneamente) que hay una realidad contradictoria cuando el problema se encuentra en el nivel de las representaciones. Es común esta confusión entre el mapa y el territorio, entre el signo y su referente.

Lo anterior es parecido a lo planteado por la ontología dimensional desarrollada por el análisis existencial, en donde la primera ley dice que sacar un objeto (tridimensional) de su dimensión y proyectarlo en dimensiones inferiores a la suya (dos dimensiones), da como resultado imágenes que aparentemente son contradictorias, cuando son más bien complementarias. Relacionándolo con el ejemplo del ornitorrinco, éste último no sólo puede ser visto como vivíparo u ovíparo, sino que su realidad concreta integraba ambos conjuntos de cualidades. El ornitorrinco no es contradictorio, sino que lo son las nociones con las que se pretendía aproximarse a él.

La subjetividad y la historicidad

En el siglo XIX surgen una serie de discusiones en torno a las características que habrían de tener las ciencias humanas para ser reconocidas con ese carácter de cientificidad. El experimentalismo y la matematización se mostraban claramente insuficientes. Psicólogos como Wilhelm Wundt o William James que son recordados en los cursos de psicología por ser fundadores de laboratorios que marcarían los orígenes científicos de esta disciplina, el primero en Alemania y el segundo, unos años después, en los Estados Unidos, tenían una noción de la psicología mucho más compleja que la imagen que se impuso con el auge del behaviorismo unas décadas después.

En el caso de Wundt, además de su método introspectivo, consciente de la dimensión histórica del ser humano, propuso que la investigación psicológica recurriera al estudio de las religiones, los mitos, el folclore, las artes y las festividades para comprender de manera más plena el alma humana. James, por su parte, realiza sus famosos estudios sobre la experiencia religiosa y sus aportes siguen siendo retomados por la psicología anglosajona principalmente humanista y cognitiva.

Ernst Cassirer (1993) plantea el desarrollo de las ciencias en tres momentos: las ciencias exactas durante los siglos XVI y XVII, las ciencias biológicas durante el siglo XVIII y las ciencias históricas durante el siglo XIX. Es justamente en este siglo en el que la psicología surge como ciencia independiente en un contexto de tensión entre el positivismo comtiano y las críticas a éste por parte de intelectuales como Dilthey, uno de los representantes del historicismo.

El historicismo constituye un momento de ruptura con respecto a las perspectivas que, como el positivismo o el idealismo hegeliano, pretenden descubrir una única línea de desenvolvimiento de las sociedades humanas, un rechazo al universalismo ilustrado. Se perciben en él vestigios del romanticismo (con su exaltación de lo singular) en esta corriente de pensamiento.

Es Dilthey (1990) uno de los pensadores que se abren paso en esta dirección para quien la vida (en sus condiciones singulares) es la que da origen a nuestras ideas del mundo y los límites de éstas. En su Teoría de las concepciones del mundo escribe que:

Las ideas del mundo se desarrollan en distintas condiciones. El clima, las razas, las naciones determinadas por la historia y la formación de los Estados, las delimitaciones, condicionadas temporalmente, según las épocas y las edades en que las naciones cooperan, se enlazan con las condiciones especiales que influyen en el origen de la multiplicidad de las visiones del mundo. (p. 47)

Considera entonces, una combinación compleja del entorno natural y el histórico colocándose en una posición muy alejada de aquellas que, influidas por siglos de platonismo, pretendían vislumbrar el desenvolvimiento futuro de las sociedades

o determinar la fase de desarrollo en que las sociedades humanas se encontraban en relación con un modelo metafísico y podemos poner como ejemplo ilustrativo de esta idea la propuesta de Comte sobre los estadios teológico, metafísico o positivo, o la analogía de la cultura como un árbol en las reflexiones antropológicas, la idea de una vía única de desenvolvimiento por el que todas las culturas tendrían que transitar necesariamente, idea que sería criticada duramente por Boas y sus discípulos (Kluckhohn, 1977).

Para Dilthey, a través del estudio de la historia humana descubrimos que toda época posee una visión del mundo a través de la cual se relaciona con éste. Y esta misma idea aplica para la visión historicista del cosmos habitado. Existe un horizonte para nuestra mirada del mundo, es el horizonte histórico. No es posible adquirir un conocimiento trascendente a la visión del mundo de la propia época, ir más allá de nuestro tiempo. Lo anterior implica entonces, según Dilthey (1990) que:

La investigación [histórica] tiene que mantener, por tanto, frente a sus resultados, permanentemente abierta, toda posibilidad de perfeccionamiento. Toda exposición es sólo provisional. Nunca es más que un instrumento para la visión histórica más profunda. (p. 48)

Un descubrimiento fundamental en la obra de Dilthey es el hecho de que nuestra comprensión del mundo surge siempre desde una situación concreta, una circunstancia (Ortega y Gasset dice "Soy yo y mi circunstancia"), una perspectiva determinada, una biografía, y que no es posible aprehender la realidad sino desde un lugar que será al mismo tiempo único y relativamente compartido; pues si no idéntico, al menos será semejante al de aquellos con quienes se tiene cercanía, con quienes se comparte un tiempo y un lugar. La mirada no puede ser atópica o acrónica. La vida humana implica un dónde y un cuándo y, por tanto, el conocimiento es siempre situado.

Gaos (1987) continúa con la problemática abordada por Dilthey, la de la especificidad del objeto de estudio de las ciencias del espíritu o humanas, en oposición a las ciencias de la naturaleza. Y entonces se pregunta "¿Cómo sabemos efectivamente de las cosas humanas? Sabemos de ellas históricamente. En este saber histórico debemos hacer entrar, no sólo el que tenemos de las cosas pasadas, sino la experiencia de nuestras propias cosas. Nuestras cosas están, nosotros mismos estamos insertos en la historia" (p. 37).

La noción que sirvió de punto de partida al presente texto, la de la realidad concreta, constituye una categoría rectora en las investigaciones de la realidad natural y humana en general. Al ser Kosik un pensador formado en el materialismo histórico dialéctico, su teorización consideraba la historicidad de los procesos humanos, pero sin darles especial énfasis en su análisis. Pero en las prácticas investigativas en ciencias humanas (la psicología social entre ellas), la dimensión histórica no debe perderse de vista.

La recurrencia insistente a la analogía del mapa y el territorio podría llevar a pensar en la totalidad como algo estático más que como proceso. Por ello en este punto se recupera esa noción de historicidad que lleva a pensar en el relato como descripción de una sucesión de acontecimientos, como el proceso de transformación de las cosas del mundo incluidos los seres humanos, en donde emergen nuevas formas de habitarlo. A lo anterior se suma la conciencia histórica como un atributo propio de la humanidad. Esa conciencia que se expresa como memorias de lo pasado que configuran los proyectos hacia el futuro.

Subjetividad como noción integradora de lo individual y lo social

Escribe Morin (1994) que el individuo está en el mundo social y el mundo social está al interior del individuo. Aquí la idea de interioridad tiene dos sentidos. Pero en ambos se va más allá de la espacialidad de la física. El mundo social, más que consistir en un conjunto de individuos que físicamente se localizan en un espacio concreto, es una red de vínculos que conforman una territorialidad que no es la propia de la geografía.

Una comunidad puede estar dispersa por territorios diversos y aun así mantener su forma, su identidad. La pertenencia de un sujeto a un grupo social no está determinada por la cercanía en el espacio físico sino por su vinculación simbólica. En cada sujeto la pertenencia es a un complejo de grupos, instituciones, organizaciones o comunidades, y la cualidad de vínculo, su fuerza o sentido, varían de acuerdo con la situación histórica-social y biográfica de quien se trate.

Heller (1978) describe ese espectro de pertenencias a grupos diversos, pertenencias no definitivas sino móviles, un espectro en movimiento en el que ciertas formas insisten y otras se desvanecen para no volver a aparecer.

Este pensar la forma y su transformación es fundamental en la psicología social dado que esa capacidad de abstraer de la realidad propia del lenguaje es lo que lleva a la generación de multiplicidad de imágenes del ser humano que resultan contradictorias. Ese descontextualizar para re-contextualizar desde la mirada conductista, psicoanalítica, sistémica, humanista o psicosocial. En analogía con el ejemplo dado por Eco (1999) sobre el ornitorrinco, el ser humano en su realidad concreta siempre es más de lo que las representaciones de él hacen las diversas corrientes psicológicas.

Recuerda lo anterior el primer principio de la ontología dimensional, el que dos objetos vistos desde distintas perspectivas, al ser comparados, parecen dos objetos distintos, y esto lleva a asumir que uno de ellos es verdadero mientras que el otro no. Inicia la disputa por la posesión de la verdad.

La psicología no sería el estudio del ser humano aislado sino del ser-humano-histórico-social (Wertsch, 1988) siguiendo a la psicología soviética, o al ser-humano-en-relación (Pichon-Rivière, 1971), recordando las teorizaciones de la escuela de psicología social argentina.

A una carta enviada por Karl Abraham a Freud en la que el primero expresa su entusiasmo sobre los aportes que la teoría psicoanalítica podría dar a la reflexión creciente en torno a la noción de personalidad, Freud responde que dicho concepto no merece tal consideración pues pertenece a una psicología de las superficies (Saal, 1982). Años más tarde Lacan (2011) insistirá sobre el malentendido persistente en relación con la noción freudiana de inconsciente que se distinguía de otras nociones homónimas, pero con otros sentidos. El inconsciente descubierto en la práctica analítica no era lo no-consciente, lo automático o instintivo, sino lo que determinaba la conciencia. Y es justamente esa forma de definir al inconsciente lo que posibilita el diálogo fecundo de esta noción con las teorías antropológicas a través de las cuales seguidores y detractores produjeron nuevas teorizaciones sobre las relaciones entre los individuos y las colectividades.

Incluso hubo un sector del psicoanálisis que experimentó (y generó polémica al interior de su gremio) con formas de "psicoanálisis grupal", "de grupo" o "en grupo". Nuevas prácticas que permitían otras reflexiones sobre lo individual y lo colectivo, o que proponían nuevas nociones como la de grupos internos (Kaës, 1995).

La psicología social se enriquece de estas reflexiones. El sujeto y la subjetividad constituyen nociones que permiten la integración de experiencias que son a la vez singulares y colectivas. Se forjaron para dar cuenta de la tensión dialéctica de esa parte de la realidad concreta que otorga sus cualidades al ser humano.

La noción de sujeto en su devenir histórico ha asumido la forma de múltiples mapas que permiten reconocer y profundizar en el conocimiento de ciertas dimensiones de la vida humana, de sus experiencias distintivas. Estas diversas delimitaciones de la noción de sujeto lo han enmarcado en su dimensión epistémica (sujeto de conocimiento), pero también en su dimensión social ya sea como mero efecto de una estructura que lo determina completamente como en las teorizaciones estructuralistas o como sujeto autónomo, caracterizado por la capacidad de agencia y creatividad.

Pero sobre todo en esas dos últimas acepciones, el sujeto no consiste en una unidad cerrada sobre sí misma y arrancado de su contexto, sino que se comprende como una posición en una red intersubjetiva que lo sostiene y lo trasciende. Red en la que los vínculos que le soportan se materializan en el lenguaje cuyo uso tiene su realización en forma de expresión a un tiempo individual y social.

Benveniste (1971) aporta interesantes reflexiones sobre dicha red. Parte de una crítica a cierta noción del lenguaje consistente en su consideración como instrumento para ser usado. Interroga la creencia que equipararía el uso de herramientas como la labranza, la construcción, la resolución de problemas de la vida cotidiana, con "el uso del lenguaje" que se encontraría en una situación muy diferente.

Pues si bien es posible imaginar el momento de la invención de un instrumento, es decir, el hecho de que ante cierta dificultad un individuo concreto ideara y materializara un objeto que resolviera dicho problema, no es, en cambio posible pensar a ser humano previo al uso del lenguaje. No es posible imaginar al ser humano sin lenguaje (como podría ser el caso de visualizar al ser humano sin hachas, sin libros o sin dispositivos móviles). El lenguaje es inherente a la humanidad. No constituye una creación del ser humano sino que, al contrario, lo precede y le constituye. A partir del lenguaje se habilita una posibilidad de ser en el mundo: el lenguaje, la casa del ser (Heidegger, 2004).

Estas primeras reflexiones de Benveniste (1971) son importantes pues permiten considerar al ser humano, ser de palabra, como ubicado en una red de vínculos con sus semejantes. Aquí ofrece una reflexión fundamental en torno a los pronombres personales existentes en todas las lenguas conocidas. Dichos pronombres (expresados ya sea de forma explícita o implícita) se distinguen de otros elementos de la lengua. Su función no sería designar un objeto específico (el cuál sería su referente), o el indicar una serie de relaciones entre los objetos a los que se refiere, sino que su uso permite hablar de una posición, de las coordenadas en las que se ubica aquel que habla, del sujeto de la enunciación.

«Yo» no sería una palabra que remite a un referente fijo o al conjunto de los que pertenecen a determinada clasificación. Cuando se dice «Yo» se hace referencia a la propia posición subjetiva, al lugar desde el cual se posiciona quien habla, con respecto a los demás. Cuando otros dicen «Yo», no se refieren a ese primer sujeto al que se ha hecho referencia sino a otras tantas posiciones. «Yo» es, entonces, una multiplicidad de lugares. Por lo anterior, para Benveniste (1971), el lenguaje (a través de esos pronombres personales), permite al sujeto apropiarse de la lengua. Mientras que ésta última es compartida, el habla, posibilitada a partir del uso de los pronombres, se constituye en origen y expresión de la singularidad (y de la subjetividad).

Pero además, Benveniste (1971) destaca el hecho de que todo «Yo» presupone la existencia de un «Tú». El lenguaje implica siempre estas posibilidades de reconocer el propio lugar y el de los otros. A través del lenguaje el sujeto se ubica en una red de vínculos que le constituyen. Es importante señalar el hecho de que ese "Yo hablo" también remite a una ubicación temporal, el presente. Se da una multiplicación de momentos presentes en los que el "Yo" habla.

Finalmente, el autor compara ciertas expresiones como yo razono que remite a la imagen del propio yo en una actividad, la de razonar (se trata de una proposición que describe un estado de cosas), con expresiones como yo concluyo en donde ese concluir no es una descripción del mismo tipo que el ejemplo anterior, sino que se trata de un indicativo de una actitud ante algo, es decir, remite a la posición subjetiva de aquel que habla o en palabras de Benveniste se trataría de "indicador de subjetividad".

Escribe, además, que es el lenguaje el que posibilita la subjetividad. De lo anterior se deriva que las coordenadas que definen el sujeto son tanto las intersubjetivas, estructurales (sincrónicas), como las temporales, históricas (diacrónicas). Tales coordenadas son constantemente reactualizadas pues cada enunciación remite a otras posiciones intersubjetivas y a otros momentos vitales. Esto permite una aproximación a la subjetividad humana, a este núcleo creativo del ser humano, como algo en perpetuo movimiento, cambiante pero, al mismo tiempo integrado, al menos en la medida en que lo posibilita el pronombre "Yo", porque también es cierto que la expresión "Yo" es, al mismo tiempo, función integradora y alienante. Algo escapa siempre a la simbolización, y es por ello que las reflexiones iniciales de Benveniste con respecto al lenguaje parten de una exploración de los aportes del psicoanálisis a la comprensión de la subjetividad humana, y justamente en el proceso de psicoanalizar algo escapa al discurso consciente del Yo, a través de sueño, el olvido, el lapsus, emergiendo con ello algo de esa posición subjetiva que escapa a la conciencia.

Esta forma de entender la subjetividad humana permite enriquecer la mirada de la psicología social en dos sentidos. En primer lugar, ofreciendo una categoría análoga a la de realidad concreta pero delimitada a sus propios temas de investigación. Ya se ha comentado que Kosik se interesa por la producción del conocimiento científico de la realidad en un sentido general. La noción de subjetividad sería un recorte de esa realidad concreta en el que la psicología social (y otras ciencias humanas) podrían enfocar sus indagaciones.

La noción de subjetividad serviría como una categoría de análisis que enmarcaría los esfuerzos por comprender al ser humano en sus cualidades distintivas y, a semejanza de la categoría de realidad concreta, sería inagotable por los mapas que de ella pudieran hacerse y que pretenderían centrar la atención en sus distintas dimensiones: epistémicas, cognitivas, afectivas, intersubjetivas, históricas, ideológicas, políticas y sus múltiples interferencias y vinculaciones. Semejante noción exigiría un abordaje desde la complejidad a través de múltiples disciplinas, posturas epistemológicas y aproximaciones teóricas.

La psicología social que asuma este compromiso requerirá concebirse como campo científico para imaginar, ensayar y valorar tales mapas, y por tanto renunciar a los límites rígidos que a veces se imponen desde las identidades institucionales. Una psicología social que, como ciencia cuyo objeto de estudio es complejo, inacabado y en constante devenir debe asumir una reflexión sobre su propia complejidad, incertidumbre e historicidad.

A pesar de que en el devenir de la historia de la ciencia se ha pretendido en diversos momentos exorcizar al sujeto y la subjetividad de su práctica y de alguna manera se llegó a creer que tal objetivo había sido logrado, la misma posición de las ciencias humanas (entre ellas la psicología) les impidió mantenerse en esa ilusión por tratarse de disciplinas cuyo objeto (el ser humano) quedaba reducido a una caricatura estéril.

La segunda forma en que esta noción enriquece la investigación en psicología social es permitiendo regresar la mirada hacia los sujetos que producen el conocimiento científico. En ciencias humanas el encuentro de las subjetividades en juego no escapa al proceso de generación incesante de nuevos sentidos y con ello a la recreación de quienes están involucrados. Pensar ese lugar de quien investiga permite posicionarse críticamente con respecto a las propias producciones.

Ese ya viejo ideal positivista de neutralidad no es posible, pero develar la posición desde la que se está pensando ayuda a comprender mejor la construcción de la investigación. Para ver la propia diferencia en el campo, para distinguirse y percatarse de los efectos que su presencia en campo produce, se requiere el distanciamiento (Agamben, 2011; Baz, 1999; Heidegger, 2004). Ante la pregunta: ¿qué saberes se producen durante la investigación?, conviene tener presente la interrogación sobre esa misma producción -reflexividad metodológica (Canales-Cerón, 2006)-: ¿Cómo se construye el conocimiento alrededor de ese tema? No es posible la desaparición de quien investiga, pues si eso fuera posible no habría investigación entendida como una búsqueda intencional de cierto conocimiento, intencionalidad que sólo es atribuible a un sujeto.

No se trata de mirarlo todo sino de mirar algo desde una mejor posición. El conocimiento no es definitivo, acabado, sino que se está siempre en un momento de un proceso. El concepto es una herramienta de acercamiento a la realidad. En Marx y Engels (2015) hay una reflexión sobre como los conceptos son des-historizados. Cuando Eco (1998) reflexiona sobre la posibilidad de tener un ojo en la mano. Ver, a la par, desde el rostro y desde la mano. Poner el ojo de la mano frente al rostro y mirar desde dos posiciones, desde dos puntos de observación simultáneamente, implica que quien participa de este experimento de la imaginación debe poner de su parte para intentar imaginarlo siendo que es incomprensible por ser inexperimentable.

Se finge que se puede comprender la experiencia imaginada, pero se trata de un mero simulacro, un hacer como que se vive lo imposible, pues la experiencia humana es la experiencia de un punto de vista. Al ser humano le es inaccesible la mirada omnipotente, omniabarcante. No es posible mirar todas las cosas, porque el todo en una noción sin contenido empírico. Además, esas "todas las cosas" no existen porque la cosa (ente) se construye a partir del lenguaje que nombra (Heidegger, 2004), por lo que lo real es inagotable (Kosik, 1965) y el forjamiento de conceptos siempre marca un límite a la realidad, un recorte observable. La creación de conceptos permite al ser humano la relación con el mundo, establece los límites y las posibilidades de esa relación.

De ese transitar por el campo se da un proceso recíproco de constitución, de vinculación (Mier, 2003). Quien investiga atraviesa el campo y al hacerlo es atravesado por él. El sujeto que investiga trastorna el campo al tiempo que es trastornado. Porque en el proceso de transitar, de asumir posiciones diversas, al

estar en permanente distanciamiento del momento anterior se deviene incesantemente otro. Dar cuenta de ese devenir de la mirada de quien investiga se vuelve fundamental para enriquecer la investigación del ser humano, pues en ese deslizamiento que experimenta quien investiga se produce saber sobre la realidad investigada.

REFERENCIAS

- Adorno, T. W., & Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Ediciones Akal.
- Agamben, G. (2011). *Desnudez*. Anagrama.
- Araiza-Díaz, A. (2012). De la política de la localización a los conocimientos situados. Notas para la creación de una ciencia feminista. In M. Liévano & M. Duque (Eds.), *Subjetivación femenina: investigación, estrategias y dispositivos críticos* (pp. 165-192).
- Bachelard, G. (1993). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI Editores.
- Baz, M. (1999). La entrevista de investigación en el campo de la subjetividad. *Caleidoscopio de subjetividades*, 77-96.
- Benveniste, É. (1971). *Problemas de lingüística general*. Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. L. (1991). *Ficciones*. Alianza
- Borges, J. L. (2002). *Antología poética 1923-1977*. SEP / Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2001). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Anagrama.
- Braunstein, N. (1982). ¿Cómo se constituye una ciencia? In N. Braunstein, M. Pasternac, G. Benedito, & F. Saal (Eds.), *Psicología: ideología y ciencia*. Siglo XXI.
- Brenot, P. (2000). *El genio y la locura*. Suma de letras.
- Canales-Cerón, M. (2006). *Metodologías de la investigación social*. LOM Ediciones.
- Cassirer, E. (1993). *El problema del conocimiento IV. De la muerte de Hegel a nuestros días (1832-1932)*. Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la Insignificancia*. EUDEBA.
- Devereux, G. (2008). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Siglo XXI Editores.
- Dilthey, W. (1990). *Teoría de las concepciones del mundo*. Revista de occidente.
- Dufour, D. R. (2002). *Locura y democracia. Ensayo sobre la forma unaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Eco, U. (1998). *De los espejos y otros ensayos*. Lumen.
- Eco, U. (1999). *Kant y el ornitorrinco*. Lumen.

- Elias, N. (1994). *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*. Península.
- Foucault, M. (1982). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*.
- Gadamer, H.-G. (2003). *Verdad y método I*. Ediciones Sígueme.
- Gaos, J. (1987). *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*. UNAM.
- Gaos, J. (1994). *Historia de nuestra idea del mundo*. UNAM.
- Giddens, A., & Turner, J. (1991). *La teoría social, hoy*. CONACULTA Alianza Editorial.
- González-Rey, F. L. (2010). Las categorías de sentido, sentido personal y sentido subjetivo en la perspectiva histórico-cultural: un camino hacia una nueva definición de subjetividad. *Universitas psychologica*, 9, 241-253.
- Harari, Y. N. (2014). *Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. Debate.
- Harris, M. (2011). *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*. Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2004). *¿Para qué poetas?* UNAM.
- Heller, A. (1978). *Sociología de la vida cotidiana*. Península.
- Hessen, B. (1985). *Las raíces socioeconómicas de la mecánica de Newton*. Academia.
- Holton, G. J. (1998). *Einstein, historia y otras pasiones: la rebelión contra la ciencia en el final del siglo XX*. Taurus.
- Ibáñez, J. (1991). *El regreso del sujeto: la investigación social de segundo orden. Siglo XXI*.
- Kahneman, D. (2003). Maps of bounded rationality: Psychology of behavioral economics. *American Economic Review*, 95(5), 1449-1475. <https://doi.org/DOI:10.1257/000282803322655392>
- Kandel, E. R. (2019). *La nueva biología de la mente: qué nos dicen los trastornos cerebrales con respecto a nosotros mismos*. Paidós.
- Kaës, R. (1995). *El grupo y el sueto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*. Amorrortu editores.
- Kluckhohn, C. (1977). *Antropología*. Fondo de Cultura Económica.
- Korzybski, A. (1951). El papel del lenguaje en los procesos perceptivos. *Perception: An approach to personality*.
- Kosik, K. (1965). *Dialéctica de lo concreto*. Grijalbo.
- Kvale, S. (2012). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Ediciones Morata.
- Lacan, J. (2011). *Escritos II. Siglo XXI*.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de lectura: estudios sobre literatura y formación*. Fondo de Cultura Económica.
- Lourau, R. (1989). *El diario de campo: materiales para una teoría de la implicación*. Universidad de Guadalajara.
- Marx, K., & Engels, F. (2015). *La ideología alemana*. Ediciones Akal.

- Mier, R. (2003). Bitácora de seducciones: contribuciones para la construcción de los conceptos de sujeto y subjetividad de la UAM-Xochimilco. In I. Jáidar-Matalobos (Ed.), *Tras las huellas de la subjetividad* (pp. 11-38).
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Moya-Cantero, E. (2000). Alan D. Sokal, Thomas S. Kuhn y la epistemología moderna. *Revista de Filosofía* 3ª Época, 13(23), 169-194.
- Nietzsche, F. (2017). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Tecnos.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social*. Nueva Visión.
- Porter, T. M. (2014). Seguros de vida, pruebas médicas y la administración de la mortalidad. In L. Daston (Ed.), *Biografías de los objetos científicos* (pp. 321-350). La Cifra Editorial.
- Rodríguez-Zoya, L., & Rodríguez-Zoya, P. G. (2019). Problematización y problemas complejos. *Gazeta de Antropología*, 35(2).
- Saal, F. (1982). Análisis crítico de la noción de personalidad. In N. A. Braunstein, M. Pasternac, G. Benedito, & F. Saal (Eds.), *Psicología: ideología y ciencia*. Siglo XXI.
- Sartori, G. (2012). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus.
- Sebeok, T. A., & Umiker-Sebeok, D. J. (1987). *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce: El método de la investigación*. Paidós.
- Ursua, N., Ayestarán, I., & González, J. (2004). *Filosofía crítica de las ciencias humanas y sociales*. Ediciones Coyoacán.
- Viau, J. E., & Moro, L. E. (2010). El cuento del Demonio de Maxwell. Una propuesta didáctica para la enseñanza de conceptos básicos de termodinámica. *Formación universitaria*, 3(1), 3-10.
- Wertsch, J. V. (1988). *Vygotsky y la formación social de la mente*. Paidós.



Este trabajo está sujeto a una [licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)